



Juanera en la Bajada de la Virgen (1995). JRE

Juan Pérez Santos
(S. C. de La Palma, 1923-2013):
apoteosis de *Juanera*

Anelio Rodríguez Concepción

1.

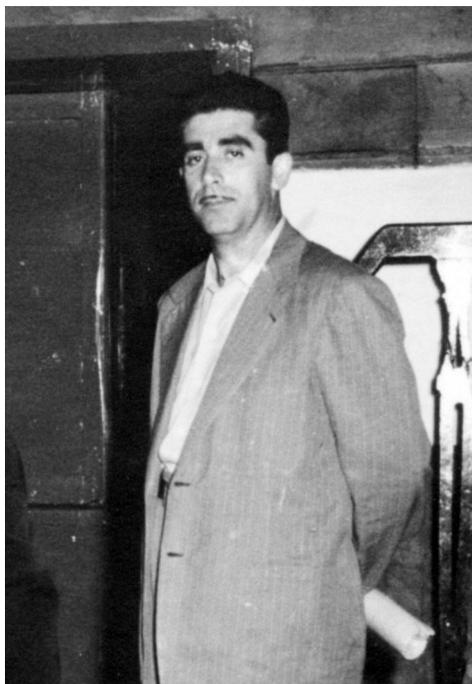
Desde finales del siglo XIX —cuando nuestra pequeña ciudad portuaria ya disponía de teatro para acoger todo tipo de espectáculos— hasta la década yeyé que trajo el cenit del XX con la llegada del hombre a la luna, los palmeros se mantuvieron fieles al legado de su propia Historia, encapsulándose a conciencia en una suerte de tiempo mítico, demasiado

moroso, por el que el curso de los acontecimientos externos a su condición de insulares se veía como algo insoslayable pero no del todo útil, algo real —¿cómo negarlo?— pero no del todo verosímil. La Palma, así, conservó el sesgo de una realidad autosuficiente y a la vez permeable a cuanto hubiese más allá de sus límites geofísicos. La prensa local, la radio y el cine se contrapunteaban para recomodar esta dualidad psicosocial, esta ambivalen-

cia de la cerrazón y la apertura en un espacio exiguo, empinado, exuberante, lleno de misterios y ecos de ecos que a partir de los estertores del Barroco han alimentado, entre otras manifestaciones de ingenio de diverso rango, los protocolos de la Bajada de la Virgen con su taumaturgia de andar por casa. Esta idiosincrasia proclive a la excentricidad sigue dando coletazos a diestra y siniestra, a veces sin un propósito claro, quizá para no extinguirse mientras se mantiene en busca de sus propias claves, por supuesto rehuendo los tics de la era del *big data*.

En fin, se fragua la sospecha de que conformamos un paisaje novelero que comparte el prosaico plano de la realidad con el poético hasta confundirlos allí donde la memoria se vuelve vida y la vida memoria. Sintiendo que nadie va a robarnos el rol que el azar nos haya asignado, habitamos a gusto y con absoluta naturalidad el núcleo de un gran cuadro de costumbres, o una gran comedia, o, mejor, de una gran zarzuela en que la palabra hablada se hace melodía, y viceversa. Entre esas coordenadas, hasta no hace tantos años a nadie extrañaba que en bares, fábricas, chinchales y barberías se dejase escuchar a cualquier hora la voz potente, bien impostada, de hombres y mujeres revitalizando el canto lírico como una forma genuina de expresión. El canto nos unía, y en períodos de fiesta cobraba todo su sentido dejando de ser un medio para convertirse en un fin en sí mismo.

En ese contexto hemos de situar la actividad de algunos cantantes autóctonos de indudable valía, artistas capaces de aspirar a un destino tan anacrónico como honroso más allá del amateurismo. Tales fueron los casos de Juan Pérez Santos —Juanera—, Antonio Pérez Ferraz, Carlos Lorenzo Hernández y Mariola Francisco



Retrato de Juan Pérez Santos (ca. 1960). AAG

de las Casas: alcanzaron la madurez entregándose sin miedo al poder de encantamiento de la zarzuela, un género teatral que se apoderaría de sus respectivas vocaciones musicales en un momento en que llegaron a coincidir los usos cotidianos de la radio y el tocadiscos con el trasiego de las compañías líricas españolas que el Circo de Marte acogía en el arranque de sus giras por Latinoamérica. Las funciones de aquellas compañías itinerantes fomentarían entre varias generaciones de palmeros una afición irrefrenable por el canto lírico que a la larga iba a traducirse exitosamente en las experiencias de la Masa Coral, las rondallas carnavales y de «divinos», las agrupaciones folclóricas, las parrandas de música cubana —*palmerizada* con voces retumbantes, *zarzueleras*, cabría decir— y no pocos solistas de extraordinario nivel.



Juanera en el Carro Alegórico y Triunfal (1960). IRE

Desde el recuerdo de las figuras del canto circunscritas al ámbito de la Bajada de la Virgen, habríamos de reservar un caudal de afecto imborrable hacia los cantantes ya citados, compañeros de batalla, autodidactas y partícipes del milagro lustral con todo tipo de intervenciones en el Carro, el Minué, la Loa o la Peña de los Enanos (Juanera a la cabeza, intervino en el Carro Alegórico y Triunfal entre 1950 y 1960, entre 1980 y 1985, y en 1995). Sus voces plétóricas sintonizaban con las de algunos héroes presentes en nuestra vida cotidiana, como Miguel Fleta, Jorge Negrete y Mario Lanza, por citar tres ejemplos dispares que se seguían en grabaciones fonográficas y hasta en películas de enorme popularidad. Por cierto, sólo desde tan fervorosa tradición, acaso para sublimarla sobre el sustrato dejado por esos *maestros* locales que nunca pudieron alcanzar el grado del profesionalismo (el de Mariola Francisco fue un caso excepcional), hace más de tres décadas arrancaríamos en el extranjero la carrera del tenor Jorge Perdigón, que pisaría con energía

importantes escenarios de toda Europa, y hace dos, la de la soprano Rosina Herrera, actual profesora de canto en la Escuela Insular de Música de La Palma.

2.

Hubo un tiempo en que el gran Juanera, mientras hacía chasquear las tijeras con los codos en alto, cada día cantaba romanzas en su barbería de la calle Real. No sabías muy bien si ibas a que te atusaran las greñas o a disfrutar de la música. Recuerdo con nitidez cómo, siendo un pequeñajo, me sentaba sobre la caja de madera que Juanera colocaba en el asiento de barbero antes de poner en su *pick-up* un disco de vinilo, de los de treinta y tres revoluciones por minuto, para que a través del altavoz de un aparato Philips con gruesas teclas color marfil resonara la voz de Alfredo Kraus, o la de Manuel Ausensi. Con timbre de barítono atenorado rozando la excelcitud, Juanera se lanzaba a cantar junto a sus admirados «colegas», y no les iba a la zaga. No se trata de una ensoñación.



Juanera en el Carro Alegórico y Triunfal (1980). AGLP

Era así como les digo: Juanera envolviéndome, de cuello para abajo, con un babi de nailon; Juanera rociándome la cabeza con colonia Floïd aguada; Juanera recortando el cabello con una energía contagiosa; Juanera gorjeando como el mismísimo Figaro, el travieso barbero de Sevilla, cuya sombra se había adherido a la suya para siempre; Juanera saludando cordial a los viandantes que se detenían en la puerta de su establecimiento.

Hubo un tiempo en que Juanera cantaba por todo y por todos: carros triunfales para la Virgen de las Nieves, loas para la Virgen de la Luz y San Telmito, canciones parranderas para sus amigos parranderos...

Hubo un tiempo en que los palmeros nos sentíamos personajes de una gran zarzuela (lo repetiré hasta la saciedad cada vez que deba revisar el trasfondo de la Bajada) en la que Juanera siempre daba

el fraseo justo y como colofón emitía un agudo que cortaba el aliento.

Hubo un tiempo en que los actos de homenaje a la Virgen de las Nieves, tal como cabía esperarse por la transmisión de valores señeros desde sus orígenes, no se supeditaban a horarios de programaciones televisivas en directo, ni dependían del caché de nadie, ni necesitaban la profesionalización de los protagonistas, porque estos intervenían *motu proprio* en representación del pueblo al que pertenecían y al que se entregaban sin condiciones como paladines de una buena causa. Eso es lo que era Juanera, un paladín de la Virgen. Le daba entero el tesoro de la voz y la pureza de una voluntad insobornable. Para no otra cosa nacía, crecía y maduraba en él una vocación de hondo calado que hoy seguimos rememorando como epifanía del tiempo mítico de la infancia, tan decisivo como el espacio donde empezamos a hacernos la mejor idea posible del mundo.